



“La tradición de Juan Colorado”

p. 85-100

Lecciones de California

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEGUNDA PARTE



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA TRADICIÓN DE JUAN COLORADO

El viaje de la llama. (The Journey of the Flame)

RELACIÓN de un año en la vida del señor don Juan Obregón, que fue conocido en las Tres Californias como Juan Colorado, y por la indiada de las mismas provincias como La Llama. Nacido en San José del Arroyo, Baja California, México, en 1798, y después de haber visto los cambios de costumbres en tres siglos, muerto en 1902, en Cardo Grande, cerca de Rosario, México, con la cara vuelta hacia el Sur. Escrita por Antonio de Fierro Blanco, cuya verdadera identidad se revela hoy ciertamente con su verdadero nombre de Walter Nordhoff.

Dicen los editores de este libro que fue publicado por primera vez en 1933 y recibido con elogio por la crítica. William Rose Benet escribió en la *Saturday Review of Literature*: “Éste es un género de historia que hubiera gustado a historiadores como Gibbon o Parkman.” Y otros más expresaron que el mismo libro convertía en real y concreta, como si fuera parte del mundo contemporáneo, una zona del pasado poco conocida, y que, aun cuando trata un tema tradicional y romántico, con adornos románticos, ilumina brillantemente las obras efectivas de la expansión colonial y el dominio español; todo ello admirablemente narrado, con suficientes detalles para dar un sentimiento de autenticidad; un documento indígena que descubre una tierra extraña y salvaje, de civilización católica y barbarie aborígen.

Antonio de Fierro Blanco era un hombre misterioso cuando *The Journey of the Flame* fue admitida para publicación en 1932. Nadie lo conocía en la empresa editorial que se resolvió a darlo al público. El éxito del libro no hizo que el autor revelara su verdadero nombre. Se suponía que era un hombre de edad madura, porque su estilo tenía sazón y filosofía que generalmente se niegan a la juventud; que tenía profundo conocimiento de los gobernantes españoles y de sus súbditos indios en California y gran simpatía por la tierra. Se llegó a creer era un auténtico mestizo.

Pero el secreto literario mejor guardado no puede escapar a la investigación. En el prólogo de la segunda edición cuenta Scott O'Dell cómo pudo seguir varias pistas y comprobar al fin que el autor de este *Viaje*



de Juan Colorado era Walter Nordhoff, padre de Charles del mismo apellido y coautor de la famosa novela *El motín del "Bounty"* con domicilio en Santa Bárbara y aproximadamente de 80 años de edad. Sin embargo, Walter Nordhoff ha mantenido la misma reserva personal que Antonio de Fierro Blanco, y no sabemos de él más de lo que digan sus propias obras.

Vamos a dar en traducción algunos fragmentos de este libro.



FRAGMENTOS

NO OFREZCO ninguna disculpa por esta autobiografía. Los que conocen a México y los que aman las reliquias de la primitiva California, no pedirán ninguna.

Por mi parte, al recoger las palabras de un rápido conversador, que usaba muchas veces antiguas palabras españolas y conocía una docena de dialectos indígenas, solicitó indulgencia, especialmente de aquellos que hubieran podido hacerlo mejor que yo.

Y nada más, excepto lo que se decía de acuerdo con nuestras antiguas costumbres cuando un narrador respetable comenzaba su cuento:

Gente de razón . . .

Algunos lectores de este libro me han pedido que escriba sobre la historia primitiva de las misiones jesuitas en la Baja California, y la suerte que corrieron después de que los franciscanos y los dominicos (que sucedieron a los jesuitas) se encargaron de ellas.

En 1697, los jesuitas desembarcaron cerca de Loreto en la Península de la Baja California, en cumplimiento de órdenes del rey de España. Llegaban contentos a desafiar lo desconocido pero seguros peligros de una tierra bárbara y desierta. Se sentían como enviados por Dios para salvar las almas de millones de indios, que no sabían que tenían almas, y siempre se resistían cortésmente a que se les impusiera por la fuerza la responsabilidad de tener almas.

Los dos más grandes jesuitas en la Baja California fueron Salvatierra y Ugarte. Los dos trabajaron sin cesar con el espíritu y las manos. Ambos tenían tacto y conocimiento de la humanidad. Salvatierra era un raro producto de la teología, un fanático de alma bondadosa y también con sentido del humor. Más aún, comprendía que el cuerpo debe ser alimen-

tado para salvar el alma. Aunque después de salvar el alma de un indio, Salvatierra podía descuidar un poco su cuerpo.

Ugarte solamente puede ser descrito como el tipo más alto de misionero y de hombre. Era humano en todos sentidos, excepto en la debilidad: más de seis pies de alto, de estructura maciza y de fuerza y vitalidad enormes, pero no sin cultura e ilustración. Sus hazañas me emocionan como pocas veces he emocionado. Plantaba, cosechaba y cocinaba para su congregación. Construyó grandes iglesias de piedra sin más ayuda que la de los indios. Estos indios nunca habían visto una casa, porque su propia religión les prohibía construir una pared de más de cuatro pies de alto. Ugarte construyó el primer molino para harina de maíz en las Californias, y trató de establecer un telar para lana cuando la Nueva Inglaterra era todavía un desierto. Cortó madera en las montañas altas y la transportó hasta el mar para construir un barco.

Sobre todo, vistió, alimentó y civilizó a muchos miles de indios, tan bárbaros, que a la primera puerta que vieron la llamaron “boca de la casa”, porque se tragaba a los que entraban por ella.

Durante el gobierno de los jesuitas, la población india de las Californias hubiera aumentado si no hubiera sido por las enfermedades que llevó al país una soldadesca infectada y sucia. A pesar de estas enfermedades, la población india de la Baja California solamente comenzó a disminuir en gran escala cuando los jesuitas fueron expulsados.

Entre las más notables obras de los jesuitas se cuenta el colegio para niñas indias, que en 1771 daba alojamiento y alimentación a varios centenares de ellas, cuando no había ningún colegio para niñas en todo el territorio de los Estados Unidos.

Las intrigas políticas en Madrid produjeron la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles, setenta años después de su llegada a la Baja California. La obra realizada en estos setenta años no ha sido superada por ninguna otra empresa civilizadora semejante. Con la expulsión de los jesuitas coincide la rápida despoblación de la Baja California, que muestra en todas partes huellas de la destrucción de una civilización india (religión) antes de que hubiera sido sustituida completamente por otra.

El ensueño jesuita de una teocracia bajo su exclusivo dominio, hubiera producido indudablemente en las tres Californias una gran población india, contenta, laboriosa y feliz, a pesar de la tiranía intelectual y religiosa. Pero ni los más sabios jesuitas pudieron prever lo que las máquinas



de vapor y la influencia del dinero debían imponer por la fuerza en el mundo.

Los jesuitas en la Baja California, como en cualquier otra parte, no aceptaban de buena gana la protección militar. Para ellos, y con razón, soldados y gobernadores significaban enfermedades, epidemias y corrupción política, que formaban la cauda en todas partes de los gobernadores y soldados españoles.

Los jesuitas de la Baja California, salvo raras excepciones eran hombres de extraordinario valor intelectual y moral. Muchos de ellos habían sido personajes de importancia en su país, y algunos procedían de familias nobles y ricas. Todos vivían en la soledad, la pobreza y en medio de los más duros trabajos materiales. Sin embargo, sus observaciones geodésicas de la costa de la Península no han sido igualadas hasta la fecha. Sus estudios botánicos son meritorios y sus trabajos zoológicos solamente han sido superados en los últimos cuarenta años, pero en algunos aspectos siguen siendo únicos.

Por orden del rey de España los franciscanos sucedieron a los jesuitas en todas las Californias como iglesia militante; bajo la dirección de Serra, se dedicaron a la Alta California con resultados desastrosos para la Baja. Cuando los franciscanos abandonaron prácticamente la Baja California, fueron sustituidos por los dominicos, que gobernaron en la costa hasta San Diego.

Yo tuve la fortuna en mi juventud de cazar en la Baja California cuando no se sentían, cuando menos en la parte norte de la península, los efectos del dominio mexicano: nada de aduanas ni de impuestos y muy pocos funcionarios. Los buitres son todavía llamados “empleados” por su habilidad para robar sus peces a los pelícanos y las gaviotas. He conversado con algunos de los indios supervivientes y he tenido a mi servicio mestizos que recordaban personalmente la llegada de los barcos de las misiones. . . y estoy convencido, por esas pláticas y por los libros, de que la población en la Baja California era más numerosa antes de la llegada de los soldados españoles que en cualquier tiempo después. En 1696, antes de que llegaran los españoles, solamente había indios. Ahora hay hombres de todas las razas y mezclas de todo género.

* * *

El “tiempo de la pitahaya” se llama el período de tres meses en el cual la vida es más grata; hay abundancia de comida y poco trabajo; jóvenes



y viejos van en multitudes a los bosques espinosos para comer las pitahayas rojas, maduras y jugosas, del tamaño de una pexuña de caballo. Se bebe, se come y se baila. Es el tiempo de los enamorados. Hasta los pájaros celebran el tiempo de la pitahaya, porque cuando esta fruta comienza a madurar, vuelan desde Sinaloa atravesando el Mar Bermejo.

La llegada de un barco es el suceso más importante del año, con excepción del “tiempo de la pitahaya”. El padre Salvatierra convirtió a la indiada predicando que el cielo era una gran llanura cubierta con matorrales sin espina donde se daba siempre la fruta roja y madura. Los indios lo seguían a todas partes y gritaban: “Padre, llévanos al cielo...” Y el padre Salvatierra les contestaba: “Trabajad.” Los indios, llenos de esperanza en una temporada de pitahayas que debía durar todo el año, construían las grandes misiones de piedra y las largas canales de riego. Nunca pudieron entender la vida futura y creían que el gran padre les prometía el cielo en esta vida.

Entonces vino el padre Tamarel y predicaba en la época más fría del año, amenazando con el fuego del infierno a los que no lo escucharan. Durante las lluvias del invierno, los indios vivían en sus recintos de paredes bajas, apenas de una yarda de altura, porque los temblores de tierra les habían enseñado que era una locura protegerse con techos que caen de arriba o muros altos que caen para adentro. La religión santifica las costumbres útiles y su religión les amenazaba con no tener ni gusanos para comer si construían casas. “Padre, llévanos a ese lugar donde hay calor eternamente”, decían los indios, que tiritaban desnudos por los helados vientos del norte. Pero el padre Tamarel les negó enérgicamente aquel calor que ellos se imaginaban sujeto a la voluntad del sacerdote. Por eso se rebelaron y lo mataron, lo mismo que a otros, diciendo: “Trabajamos por el cielo de las pitahayas y no lo hemos logrado. Ahora nos niega también el grato calor del infierno. ¿Para qué hemos de servir a estos crueles extranjeros?”

* * *

Los barcos de las Misiones (galeones o navíos de Manila) llegaban una vez al año con artículos de España y las Filipinas, pero principalmente para los padres. A los padres se les podía comprar en lo privado, cuando había dinero. Pero ¿quién tenía dinero? Los productos que podíamos cultivar los cambiábamos a los padres por alimentos que también habíamos cultivado nosotros y ellos nos daban cada año pequeños regalos de



las mercancías que para ellos llevaban los barcos, una pieza de calicó, una cinta de algodón, un organillo de boca o un cuchillo. Siempre había disputas con motivo de estos regalos, y tal vez habría sido mejor para nosotros no recibirlos, porque los padres los repartían entre aquellos a quienes preferían o temían... Por este sistema de regalos a los aduladores o los más fuertes y los odios que engendraban, se causaron muchos daños. Cuando las misiones cayeron, no tenían muchos amigos, y de este modo murió una institución que tal vez fue la mejor para los indios y para México.

* * *

Los nombres de lugares y pueblos definen los encantos de esta tierra... Miraflores... la Laguna de las Flores; la Floreada, la Florida y cien más semejantes, que demuestran cómo nosotros los españoles sabemos amar lo que Dios nos ofrece y sabemos expresarlo en nuestro idioma. Es cierto que hemos puesto con exceso nombres de santos sobre nuestra tierra, porque los religiosos fueron grandes exploradores y reclamaron el derecho de aplicar los nombres de su profesión a lo que descubrían. El nombre de un santo no es una desgracia, pero yo prefiero nombres con menos religión y más gracia. San Juan Capistrano es impropio para un valle ancho y fértil. Y la Reina de los Ángeles no es un nombre adecuado para un pueblo que cuando recibió ese nombre, no tenía más que un habitante blanco, y el resto de negros, indios y mestizos.

* * *

Don Fermín Sañudo se lamentaba porque en 1586 un solo barco de Boston había sacado de aquella tierra sumida en la pobreza doce mil pesos en plata acuñada, y cuarenta mil pesos en vajillas españolas de plata, valuadas como moneda, pero que en realidad valían su peso en oro. Y además, sobre cien mil pesos en perlas y cinco mil pieles de nutria y de foca que valían cuando menos un millón de pesos. Todo ello en perjuicio de la Corona.

Los españoles vemos a los piratas y ladrones llevarse todo lo nuestro, porque no atendemos a los detalles. Ninguna nación, excepto España, ha podido ni podrá nunca mantener una línea de navegación durante dos siglos y medio, en viajes de ocho meses, sin ver tierra a través de siete mil millas y sobre mares tempestuosos. Eso hemos hecho por casi tres

siglos. ¿Pero cómo se hacen esos viajes? La tripulación tiene como alimento principalmente carne de tiburón, que se obtiene durante la travesía. Los pasajeros y la marinería beben agua de lluvia recogida en el viaje, y cuando las lluvias no son propicias, la gente se muere de sed. Nuestros navíos hacen travesías por mares donde hay muchas islas, a veces se remontan miles de millas hacia el norte, y sin embargo, nunca ven tierra desde las Filipinas hasta California. Las listas de viaje indican que cuando menos el cuarenta por ciento de los tripulantes y pasajeros mueren en cada uno de esos viajes de ocho meses, y en ocasiones las tres cuartas partes mueren de sed, hambre y enfermedades antes de llegar a la Nueva España. Todo esto es obra de heroísmo, bravura y tontería y no puede esperarse que ninguna otra nación reúna esas tres cualidades en forma tan completa de tal manera que después de tres siglos de navegación el mismo número de hombres valientes muera en cada viaje.

* * *

La misión de Dolores era la primera al norte de La Paz. Después de cien años de prosperidad fue abandonada (por los años de 1770) y sus ochocientos indios conversos fueron removidos a Todos Santos. Ahí, un año después de su llegada, murieron todos, con excepción de algunos sirvientes, por enfermedades (sarampión, fiebre, peste) y nostalgia. Un indio mestizo llamado Victoriano Barco relató lo siguiente:

“Al visitador general Gálvez le gustaba la buena comida. Era un hombre que inspiraba mucho temor. Para agasajarlo, los frailes de la misión de Todos Santos le prepararon un famoso banquete, pero los indios se comieron hasta el último bocado. Odiaban a Gálvez porque éste había expedido en Loreto órdenes para que cualquier indio fuera obligado a trabajar sin ningún salario en las salinas de la Isla del Carmen. Había dicho: Todos los súbditos de Su Majestad que sean realmente leales, tienen la obligación de servirlo, como y donde él quiera.”

Gálvez, muy conocido históricamente por los trastornos que causó en la Alta California lo mismo que en la Baja, esperaba impacientemente su comida, porque nadie se atrevía a decirle lo que había pasado. Cuando encontró que no había comida para él, hambriento y rabioso comenzó a gritar: “Que ahorquen a los que se robaron mi comida y a los demás que los pasen a cuchillo, para que estos canallas no contaminen a toda la indiada de esta provincia.” Pero como había muchos indios y pocos soldados, los “canallas” escaparon sin castigo.



Cada misión tenía su héroe preferido entre los misioneros, aunque casi todos creían que el padre Ugarte era el más grande de los conocidos en las Californias. La gente muy vieja decía de Junípero Serra, encogiéndose de hombros: “Era un gran caminante...”

Respecto a Salvatierra, los viejos discutían su milagro con las gaviotas y varios rasgos de su habilidad para tratar a los nativos. Recordaban que durante veinticinco años después de la llegada de Salvatierra a la Baja California no había sufrido por la langosta, ni por los ciclones, lo cual se consideraba como milagroso, y hasta los indios guamas o hechiceros habían perdido su prestigio. El padre Ugarte, que era la mano derecha de Salvatierra, cogía de sus largos cabellos a dos hechiceros al mismo tiempo, uno con cada mano, y golpeaba las dos cabezas una con otra hasta que pedían humildemente el bautismo. Una vez bautizados, los vigilaba muy de cerca para que no se escaparan. Y en verdad, hasta que el padre Ugarte murió de viruela a los setenta años de edad, no era muy fácil que sus conversos renunciaran al cristianismo. “Los que yo convertido se van al cielo como cristianos”, decía severamente.

* * *

San Luis Gonzaga fue otra misión fundada por el padre Ugarte y también tuvo su iglesia de piedra. Ugarte entendía muy bien a los indios y no era precisamente perezoso. En San Luis Gonzaga, para limpiar la tierra, hizo una apuesta con sus feligreses para ver quién arrancaba más mezquites, el solo o todos ellos juntos. Cuando hacían la mezcla de adobe se burló de los neófitos que parecían cansados batiendo aquel barro endurecido. “Eso se hace bailando dijo, ustedes se jactan de bailar el fandango toda la noche. Vengan a ver si me ganan.” Y levantando su hábito se puso a bailar con los pies desnudos sobre el barro hasta que lo dejó listo para los moldes. Y toda la tribu se puso a bailar como él.

De este modo sabía más dirigir más que ordenar y por ello se le recordaba mientras que Junípero Serra, que llegó cien años después fue olvidado o poco estimado. Cuando el padre Ugarte sucedió a Salvatierra como presidente de las misiones, hubo gran alegría entre los indios.

* * *

Don Felipe Romero, dueño de lo que fue la misión de San Luis Gonzaga decía: “Los piratas ingleses tienen fama de valientes. Nuestro barco



llegó a la bahía de La Paz con la tripulación tan agotada por el escorbuto, el hambre y la sed, que no teníamos fuerzas para echar el ancla o los botes. Si no hubiéramos recibido auxilio de la costa, nos habríamos quedado para morir a bordo. Los piratas ingleses podrían robar a un niño ciego y todavía jactarse de valor.”

En San Francisco Xavier de Vigge vimos la más hermosa iglesia de piedra, que tenía ocho campanas. Había sido construida doscientos años antes y tenía ciento veintitrés pies de largo y treinta de ancho, techo abovedado de piedra y cúpula. Parecía imposible que los indios hubieran podido cortar la piedra. Era relativamente fácil edificar con adobes y poner encima techos de paja. Pero solamente el padre Ugarte podía convertir a los nativos más incultos en artesanos capaces de construir semejantes bóvedas de piedra.

* * *

El padre Gerónimo Soldevilla, anciano y enfermo después de 26 años de soledad y duras tareas, solamente acompañado por los indios, aún vivía en San Francisco Xavier hacia 1806. Tembloroso por la edad, mostraba con orgullo la obra de su vida. Además de la iglesia levantada por el padre Barco y los indios amaestrados por Ugarte, hablaba de los mantiales, dones de Dios, que corrían por un acueducto cortado sobre la roca maciza hasta dos presas de piedra, y que regaban pequeños lotes de tierra con sólidas bardas, donde crecían viñedos, frutales, legumbres y granos. Decía: “Cuando los jesuitas se fueron, esta misión mantenía 500 indios; pero el capitán Portola se los llevó de aquí, por orden de Junípero Serra, 2250 libras de carne seca, 500 de harina de trigo, 100 de pan de maíz, 500 de higos secos, 300 de azúcar y todo lo demás que quiso, para establecer las misiones franciscanas de la Alta California. Nuestros indios bautizados, por la falta de esas provisiones que nos quitaron, recibieron permiso de irse a los cerros, donde murieron de hambre y perdieron sus almas entre los infieles... Nosotros los dominicos trabajamos mucho para atraer otra vez a los indios, aunque fuera poco a poco, porque primero teníamos que reunir provisiones. Cuando yo tenía aquí más de diez años (en 1794) la viruela mató a casi todos los indios al sur de San Ignacio... Nuestro ganado es cerril, pero tenemos algunas vacas de ordeña... y puedo enseñarles sesenta tinajas de vino, que ahora hacen los indios solos, porque yo estoy enfermo...” Y luego, alegrándose un poco, miraba hacia el estrecho valle de doce millas de largo, pero



limitado por altas y escarpadas montañas, y agregaba: “Salvo el Cielo, no hay otro paisaje más hermoso. Esto me ha sostenido en mis horas de desaliento. Cuando el demonio me tentaba, no tenía más que mirar las obras de la mano de Dios frente a mí. Y hasta en el año de la viruela, cuando enterré a mi último penitente, sabía que estaba solo, pero solo con Dios...”

* * *

En la misión de Comondú un anciano fraile nos recibió y nos dio la bienvenida con un excelente vino, del cual siempre están muy orgullosos.

“Este año —nos dijo— hicimos setenta tinajas de a cien cuartillos cada una, además de dos toneladas de higos secos...”

Después habló de Ugarte y Salvatierra:

“Primero vino Cortés (en 1534) —y se descubrió la cabeza como todos lo hacen cuando hablan de ese gran hombre—, después vino Salvatierra (en 1697), y los jesuitas gobernaron durante setenta años; y con Salvatierra vino el gran Ugarte... Los jesuitas comenzaron a fundar las misiones y a aprender los idiomas de los indios. Aquí, en este lugar donde estamos, el padre Ugarte, el más grande de los misioneros, daba clases a los indios en un jacal. Como infieles e ignorantes, al principio se reían del padre, y deliberadamente le enseñaban palabras obscenas para cosas tan santas como Dios, la Trinidad y todo lo que se dice en la misa. Ugarte creyó que había aprendido lo necesario para decir una misa en el dialecto de aquellos indios, y el sagrado lugar se llenó con los murmullos de los infieles. Como el padre no comprendía el motivo de las risas, pidió a un niño indio que le dijera el significado de las palabras que había pronunciado, y descubrió que eran horriblemente sucias. Algunos días después volvió a decir la misa, y la indiada concurrió desde varias millas a la redonda para reirse del santo hombre que rezaba con palabras indecentes. El padre comenzó a soltar sus palabrotas como si lo hiciera de buena fe, y un jefe indio que estaba cerca del altar comenzó a reirse tan ruidosamente como si rebuznara. Entonces, el gigantesco fraile cogió al indio de los cabellos, le meció en el aire y explicó a los asistentes la causa del castigo. Después tomó como maestros del dialecto indio a los niños, y las lecciones fueron populares porque los obsequiaba con pozole. Así es que para aprender el idioma de los indios tenía que alimentar a los muchachos que lo enseñaban, y por lo tanto, sembrar y cultivar el maíz que antes no se cultivaba, quemar la cal necesaria para deso-



llejar el grano y por último preparar él mismo los alimentos. Mientras los neófitos aprendían a trabajar, el padre tenía que hacerlo todo. Mas tarde, logró enviar víveres a las misiones de Sonoma y Sinaloa que los necesitaban. Fabricó él mismo husos y telares y trajo de Sinaloa al maestro tejedor Antonio Morán y durante dos años le pagó quinientos pesos anuales para que enseñara su oficio a los indios... Trajo también de Sinaloa vides y frutas de todo género, y los plantó aquí y en San Francisco Xavier... Todas las vides y todas las frutas que se ven desde el extremo de la Baja California hasta San Francisco en la Alta, proceden de las semillas y los vástagos que plantó y cuidó con sus manos el Padre Ugarte.

* * *

El marqués de Sonora, visitador general Gálvez, quiso llevar seiscientos monos de Guatemala para cultivar la tierra en la Alta California. Tal vez Dios le trastornó la cabeza para que ordenara la destrucción de las misiones jesuitas en la Baja California.

* * *

Desde la misión abandonada de Guadalupe del Norte hasta Comondú, cuando el padre Serra pasó en su viaje hacia el norte para fundar las misiones de la Alta California, encontró por todas partes familias de indios que morían de hambre, por falta de las provisiones que los tres convoyes de abastecimiento habían sacado de sus tierras. Don Fermín Sañudo y su esposa doña Isabel hablaban mucho de Serra, pero no con alabanzas. Lo consideraban como fanático en materia religiosa y amante de la verdad en todo excepto en lo relativo a sus milagros. En favor de Serra debe anotarse que dijo la verdad respecto a los indios de la Baja California, que fueron sacrificados para convertir a la indiada de la Alta California.

* * *

Esta es la leyenda de la maldición del jesuita:

UN ANCIANO fraile de la misión yacía muerto cuando las autoridades políticas aprendieron a todos los jesuitas y los enviaron, incomunicados y a pie, hasta Veracruz. Muchos de ellos murieron en el camino por las fatigas del viaje apresurado, y el resto fue abandonado, sin dinero y sin



alimento en una desierta costa italiana, sin más que los vestidos con los cuales habían cruzado un continente y los mares. Todos nuestros sacerdotes se habían embarcado en el Mar Bermejo, y no quedaba en California más que aquel fraile difunto. Pero el muerto se levantó de su ataúd, envuelto en su sudario, y con los ojos cerrados, la cara sin expresión y el cuerpo tieso, comenzó a gritar en medio de la calle en tono de salmodia y maldiciendo a los franciscanos: “Por medio de mentiras al rey nos habéis sustituido, a nosotros los que civilizamos y adornamos las iglesias de este nuevo mundo de California, en medio de incontables peligros. Por envidia, engaño, fraude, vosotros los franciscanos nos habéis arrojado de aquí. Nosotros construimos con piedra tallada, tan duradera como las almas que salvamos. Vosotros construiréis con lodo como el que lleváis en vuestras mentes. Construiréis una iglesia de piedra a imitación de nuestra gloriosa obra, y Dios la destruirá sin dejar huella. La tierra se estremecerá tres meses seguidos para repudiar vuestro fraude... Los condenados pagarán para reparar vuestras ruinas de lodo, y por un real entrarán para reírse de vuestras iglesias. Casas de infamia se levantarán alrededor de ellas y las piedras sillares de vuestro templo serán halladas por los pecadores en una de esas casas malas, donde el espíritu malo escupirá diciendo: “Si acaso hay Dios, seguramente aquí no está...”

Y terminando de este modo, el santo fraile cayó hacia adelante todo derecho, y nadie se atrevía a levantarlo, por temor a un castigo del manifiesto espíritu de Dios...

El narrador agrega que esta maldición le hizo pensar en San Juan Capistrano, que fue una misión franciscana construida en piedra y que en 1812 fue casi arrasada por los temblores de tierra, al mismo tiempo que las iglesias de Ventura, Santa Bárbara, Santa Inés y la Purísima, todas ellas muy lejanas una de otra, mientras que pueblos cercanos sufrieron muy poco por la misma causa. Y termina con este comentario atribuido a un fraile de la Orden de Santo Domingo: “El hambre, la sequía y los temblores persiguieron siempre a la obra de Serra. Es posible que los derrocados dioses indios causaran muchos de esos trastornos por medio de sus hechicerías en las Californias, pero a veces me imagino que el dominio sobre la naturaleza que lograron los jesuitas, como lo demostró Salvatierra librando al país de las plagas de langosta, tuviera alguna relación con las dificultades de los Franciscanos.”

* * *



Cuenta la tradición que el padre Serra viajaba con la mayor prisa posible, para alcanzar al capitán Portolá que se había adelantado con el deseo de llegar cuanto antes a la Alta California, amenazando dejar atrás a Serra. Este se detuvo una noche en la misión de Santa Gertrudis, donde halló a un joven franciscano, casi un niño, que apenas acababa de graduarse en el Colegio de San Fernando en México, y que estaba ya casi enloquecido por la soledad. Solamente lo acompañaban algunos indios ignorantes. No había ni un soldado con quien hablar y muchas leguas de desierto le separaban de la misión más próxima. Durante tres días, Serra se quedó con aquel muchacho, rezando con él y dándole ánimo y consuelo, y cuando continuó su viaje el joven fraile solitario estaba tan fortalecido de espíritu, que cinco años después lloró al abandonar por primera vez su misión. Serra continuó su viaje a toda prisa, tratando de compensar el tiempo perdido, a pesar de las llagas de su pie y su pierna, de las cuales fue curado por un indio hechicero, que lo alivió no por simpatía para el fraile, sino porque deseaba verlo alejarse de las tierras de su tribu.

* * *

En la misión de San Francisco de Borja el Padre Lasuén vivió durante cinco años casi en soledad, con el mismo hábito, el único que tenía. “Los indios —escribió a un amigo— se entienden muy bien conmigo, porque estoy casi tan desnudo como ellos.”

Los tres misioneros más notables, según don Fermín Sañudo, fueron en las Californias, Salvatierra, Ugarte y Lasuén... Cuando este recibió la presidencia de las misiones, solamente se encontraban unas 800 “gentes de razón” en la Alta California, y la mayor parte eran niños y casi todos mestizos. En 1797, cuando Lasuén tenía 78 años, había fundado cuatro grandes misiones, y cuando murió a los 83 años dejó veinte mil indios cristianizados... En cambio, Serra comenzó su tarea en 1769 y para 1773 solamente había bautizado 62 indios...

* * *